

SOMBRA CHINESCA

LAS glosas de aniversario, de las que muy pocos políticos y comentaristas se han privado el 15 de junio, hacen un balance naturalmente contradictorio de lo sucedido en la política española en el tiempo transcurrido desde las elecciones legislativas. Cada maestrillo de esta alborotada escuela de democracia aplica la letra de su librito, y se oscila entre el triunfalismo del partido gobernante y la comida satisfactoria de quienes le ayudan a gobernar y mantenerse hasta los gemidos de los catastrofistas que parafrasean al Quevedo de "miré los muros de la patria mía..." ("...y no hallé cosa en que poner los ojos / que no fuese recuerdo de la muerte"). Pudo el español saltar de un extremo a otro en un segundo en el mismo programa adecuado por televisión para la fecha, entre la intervención dramática del señor Fraga Iribarne y la entusiasta del señor Arias Salgado.

HAY otros extremos: desde el que defienden los que dicen que aquí "no ha pasado nada", que todo sigue igual, que los lebrales del franquismo apenas han hecho algo más que cambiar los collares, hasta el de los entusiastas de la velocidad democrática, que presenta su lista de grandes variantes y recogen ejemplos de donde pueden y hasta de donde no pueden. Hay quien aplica el símbolo más inmediato: el Rey, en Pekín, depositando flores en la tumba de Mao y recordándoles, con Chu En lai, como "los grandes forjadores de la China de hoy, que dotaron al país

de un espíritu, de un pensamiento político, de una clara seguridad nacional y de una esperanzadora determinación que han sido el asombro del mundo". ¿Hubiera sido posible todo esto hace un año? Pero debemos preguntarnos solamente si hubiera sido posible, hoy, de no ofrecer China una imagen distinta de la que quizá buscaron el guerrillero, poeta y teórico del marxismo-leninismo Mao Tse tung, el combatiente clandestino, tenaz y obstinado, Chu En lai. Ha cambiado España, ha cambiado China. Han cambiado Estados Unidos, el mundo occidental, la estrategia global, la zona geopolítica en la que está enclavada España; y las ideologías se han disuelto en el aire. Hay unas sombras chinescas, unas flores en un mausoleo y cuatro mil niños evolucionando en un aeropuerto. Cuatro mil niños vacíos, que sólo saben que están bailando y agitándose, sin saber por qué ni para qué ("¿Y sabéis vosotros dónde está España?". "No, nunca hemos oído hablar de España ni de los Reyes. No sabemos lo que quieren decir": conversación de Luis Calvo con los niños en el aeropuerto: "ABC", 17 de junio). ¿Cuál es la realidad, cuáles son las sombras chinescas? Quizá la realidad es solamente la de que "la invitación a Juan Carlos coincide con la ofensiva europea emprendida por los dirigentes chinos, que han firmado hace poco un acuerdo con el Mercado Común Europeo. Se han declarado favorables a la entrada de España en el Mercado Común y es probable, se dice en los círculos diplomáticos, que deseen su adhesión a la OTAN"; se

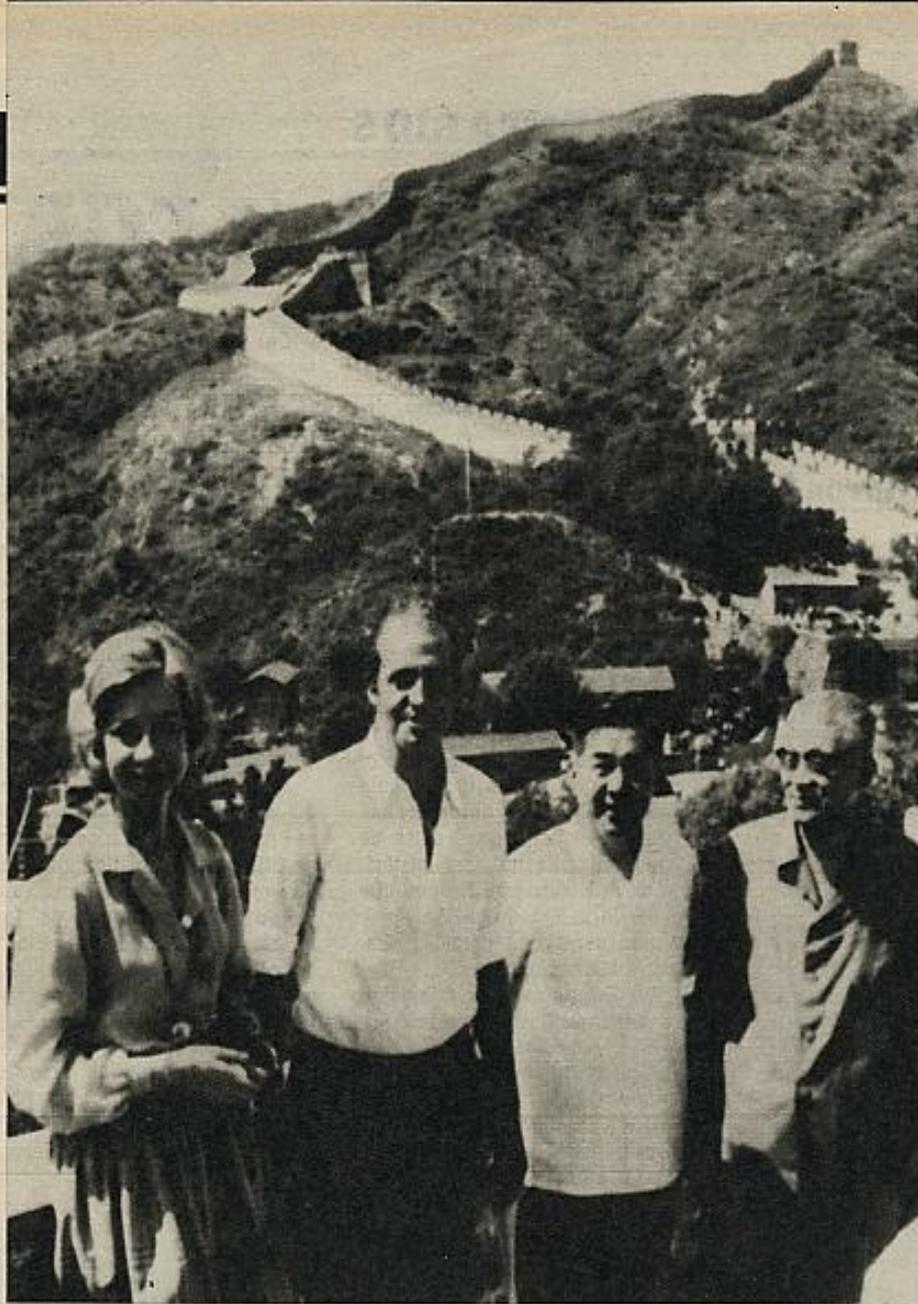
piensa "que los dirigentes de Pekín juzgan, sin duda, positiva la consolidación de una Monarquía democrática en España, en la medida que refuerza la cohesión de la Europa occidental frente al bloque soviético" ("Le Monde", 15 de junio). Se sabe que la actuación de China en África coincide con los intereses españoles, con los intereses de Estados Unidos, de Francia, de la OTAN.

OTRAS sombras chinescas se agitan en España en este aniversario. Otros símbolos, más o menos imaginarios, más o menos reales, de que hemos cambiado, de que el país no es el mismo. Está el cuanto, está también el cuando. Hay esta cuestión del tiempo, del ritmo. Quizá todo lo transcurrido en el año hubiera cabido en dos meses. Y quizá todo el año anterior hubiese cabido en otros dos. Hay un retraso, una demora. Es grave, en un país donde el apretón de las urgencias es muy duro.

LUEGO está la cuestión del quién. ¿A quién han beneficiado los pasos adelante, a quién el no haber dado todos los que se tenían que dar? No hay reforma agraria, no ha cambiado la enseñanza, los salarios siguen corriendo detrás de los precios, las dictaduras privadas —empresas, familias, relaciones de poder y dominio apenas han cambiado— y ocurre que una considerable mayoría de españoles encuentran que las libertades concedidas se están considerando, en las declaraciones



El Jefe del Estado español, ante uno de los leones del palacio de la Ciudad Prohibida de Pekín.



Juan Carlos y Sofia, durante su visita a la Gran Muralla China: ¿Hubiera sido posible esto hace un año de no haber cambiado incluso el propio país de Mao Tse tung?

que en su límite extremo, patológico, se refleja en ese misterioso y adecuado término del "pasotismo". Quizá no sea una actitud tan nueva como nos parece. El existencialismo del París de la posguerra —el existencialismo callejero, o de café, aparte del de los filósofos— cuando sobrevino la decepción de la victoria sobre el nazismo, que no consiguió cambiar la vida en el sentido de la figuración previa, o el movimiento de los "hippies" en los Estados Unidos, tienen mucho que ver con todo eso. Y, a distancia, el cinismo de Diógenes Laercio.

PERO probablemente tiene mucho que ver con todo ello la campaña de agua fría en la que han colaborado tan eficazmente todos los partidos políticos, de Gobierno, semigobierno u oposición. Tanta fama tiene este pueblo de montaraz y bullente que, para conjurar espectros de revolución o contrarrevolución, se le ha ido dando a todo este carácter administrativista y esta lentitud de procedimientos. Contaba un humorista inglés que una vez se incendió el teatro, y comenzaron las escenas de pánico: alguien se hizo protagonista y conminó a todos a que guardaran el orden y la serenidad, a que no se comportasen como animales, sino como ciudadanos conscientes. Tan convincente fue, que todos se quedaron en sus butacas esperando la evacuación ordenada y los servicios técnicos de salvamento: "Murieron todos", comentaba el relator. Quizá tanto llamamiento al orden y al civismo, tanta lección sobre la calma del ciudadano democrático, está ocasionando en España este desprendimiento de la política, esta distancia, este "pasotismo" que algunos considerarán todavía como un valor real, pero que está anulando poco a poco la participación de la vida del ciudadano en el Estado. Ciertamente que nadie quiere revoluciones, ni motines ni algaradas; ni por sí mismas, ni por la serie de hechos en cadena que podrían precipitar. Pero de ahí a pasar al autismo hay una inmensa distancia.

QUIZA el miedo a que algo suceda que destruya la apenas nacida democracia tenga mucho que ver con esta actitud. Pero a veces el miedo a que pase algo es una forma de dejar que vaya pasando poco a poco, por otras vías. En el aniversario, aún se airean estos miedos, estas sombras chinescas. El hombre atemorizado por el miedo al avión no volará nunca: se quedará en tierra. El hombre que tiene miedo a usar de la libertad para que los otros no se la quiten, se quedará sin más libertad que la del título, la del texto, la de la Constitución. Como es pobre el avaro que no gasta su dinero por miedo a quedarse pobre. ■

triumfales de aniversario, como finales y no como intermedias. Efectivamente: los factores del régimen democrático son, académicamente, el sufragio universal, el Parlamento de representantes del pueblo, la libertad de asociación, manifestación y reunión, la libertad de expresión, y alguna más. Con algunas dudas, con algunos abusos restrictivos todavía, las tenemos. Pero se ha conseguido como un aislamiento de estos factores, de forma que no lleguen enteramente a la vida nacional. Todo este sistema está inventado para que quienes ejercen voto, manifestación u opinión modifiquen las condiciones de vida del país. Son un medio, no un fin. De otra forma seríamos todos como los niños en el aeropuerto de Pekín, bailando alegremente por el baile en sí, sin saber qué fines perseguíamos con ello ni en torno a quién ballábamos y con qué intención. Seríamos todos sombras chinescas. O caeríamos en lo que ya Tocqueville, a quien preocupaba mucho el riesgo de la democracia (en 1840: "Democracy in America") llamaba "el estancamiento chino" ("chinese stationariness") en lugar del cambio rápido. O lo que más tarde Nietzsche comenzaría a denunciar:

'la democratización de Europa tenderá a producir un tipo (humano) preparado para la esclavitud, en el más sutil sentido del término'.

QUIZA todo este sistema estanco entre libertades formales y libertades reales haya sido muy claramente percibido por el pueblo español y ha servido para instalar lo que más de un comentarista han citado como factor importante en la conmemoración del aniversario: el ya famoso "desencanto". Es, en efecto, un factor grave en la vida política nacional. Por una parte, refleja la rapidez de percepción y de sensibilidad del ciudadano para comprender las situaciones en que está envuelto, lo cual es una ventaja. Pero por otra, refleja mucho de su pasividad, de su inercia, de su fatalismo para reaccionar ante esas circunstancias que le son adversas, o para aprovechar las que pueden serle favorables. Es algo que procede de siglos de sometimiento. Quizá no encuentra hoy más que esa forma de defensa que consiste en desprenderse, en negarse a participar en el contexto, en lanzar una mirada fría y desengañada a su alrededor. Una postura